



editorial**foc**

En Editorial Foc nos mueve la convicción de que la literatura sólo sucede contigo, así que queremos agradecerte que hayas decidido compartir tu tiempo de lectura con nosotros. Deseamos que encuentres en esta obra todo aquello que nos impulsó a editarla y que, cuando llegue la última página, te apetezca recomendarla y saber más de nosotros y nuestros títulos. Te esperamos en www.editorialfoc.me. Gracias por leer.

Por lo demás nos reservamos todos los derechos y prohibimos cualquier tipo de reproducción, completa o parcial, de la obra sin la autorización de los titulares del copyright que, con mucho gusto, te contestarán en info@editorialfoc.me.

ISBN: 978-84-15634-17-1

© José Puente, 2014

© Editorial Foc S.L, 2014

© de las imágenes y cubierta Tània Terror

666

José Puente

Suenan los Rolling Stones en la televisión mientras Jesús Ferrero habla de su último libro y soy incapaz de cambiar de canal porque siento que voy a recibir la señal en el momento menos pensado, que de repente entenderé el mecanismo del mundo, tendré la llave y el botón de encendido de la felicidad, lotería, bikini, helado, mamada y finiquito.

[...] Me veo a mí mismo en el espejo, soy muchas personas y todas de espaldas, todas descalzas, todas pidiendo desesperadamente, con los puños apretados, un poco de amor.

Mi madre se está muriendo. Creo que cada vez que vomita escupe un gramo más de su alma. Creo que cada paso es un gramo menos, que cada palabra que se queja es otro gramo menos. Imagino a mi madre desnuda encima de una mesa de disección y se me encoge el estómago. Pienso que necesitaré dinero para incinerarla y no tengo ni puta idea de dónde lo sacaré.

Un mundo mejor es una chica que se hace fotos en el espejo del cuarto de baño. Me masturbo pensando en ella mientras la boca se preña de fantasmas y colibríes. Me gustaría tener las manos llenas de flores para decirle qué importante eres, cuánto te quiero, eres mi polla llena de mariposas.

[...]

Mi madre otra vez. Intento imaginármela en una manifestación y me resulta imposible. Mi madre como una buena oveja camino del matadero. Mi madre quemando sus últimos días con la boca callada, incapaz de preguntar por qué. Mi foto en un cartel, mi nombre debajo. Mi madre detrás de una pancarta. Mi madre recorriendo media España para llevarme tabaco a Herrera de la Mancha. Mi madre pensando que tenía unos amigos de mierda. Mi madre vomitando en el autobús. Mi padre preñando a mi madre. Ahora el que vomita soy yo.

He comprado témpera azul y me pinto la cara. Tengo las encías sanas y sonrosadas, doy miedo si sonrío. Muecas en la pantalla del ordenador. Muecas en el

espejo. Equivalencia entre espejo y pantalla, entre piel y palabras. Es domingo, estoy desnudo, me estoy hundiendo porque todo se está hundiendo y sólo pienso en cerrar la puerta para siempre.

Mientras Grecia se hunde, España boquea asfixiándose. Me cuesta respirar y sé que mañana no será mejor. Abriré los ojos y otra vez la cárcel, la oscuridad y el castigo. Soy la hembra sucia de cuatro colombianos gordos como sapos. Ya sólo me duele el alma porque morí en las duchas, en el incendio, sin jabón para limpiar la sangre.

Otro horario, otro sueldo, el mismo trabajo. Estrategias que convergen en el vacío, en el avión que estalla en pleno vuelo. Si cierro los ojos sé que soy libre, puedo volver a mi bosque, a hundir las manos en la tierra fría y húmeda, a las sábanas limpias al volver a casa. Si abro los ojos sólo encuentro los límites pixelados de la pantalla, el paredón en el que me he convertido.

Domingo. Hiervo patatas. Pienso en cuando teníamos hambre y vivíamos a oscuras. Pienso en mi madre follando por dinero. Pienso en el comedor lleno de humo. Regreso a las patatas porque quizás duren toda la semana, como los recuerdos, que insisten en seguir retorciéndose detrás de mis ojos.

[...]

[...]

Un mundo de cuatro calles que se fragua como un laberinto perfecto. Los niños abandonados se acaban convirtiendo en minotauros pobres y vencidos en una ciudad en la que nadie se rinde. Todos escuchamos a Madonna y nos gustaría no envejecer nunca. A todos nos gustaría tener una existencia de narcotraficante, de putas doradas y la mejor farlopa del mundo para vivir en la cima de todas las cordilleras.

Pablo Escobar baila en la piscina. Mi padre duerme la borrachera junto a Tirofijo en el sofá de casa. Mi padre con la cabeza abierta y sangrando como un cerdo. Soy su único argumento.

Hoy ha venido Marta a casa. Me gustan sus piernas, musculosas y con varices, también su sonrisa. Hemos hablado un rato así, encogidos en el sofá, bebiendo agua. El tiempo se ha detenido en una vía muerta durante poco más de media hora.

Siguen los despidos. En mi escalera soy el único hombre en edad laboral que todavía tiene trabajo. Pienso en todas esas veces cuando éramos pequeños, con la nevera vacía, comiendo de prestado, caminando de puntillas por la casa, como fantasmas, iluminándonos con velas. Hoy ha llamado mi hermano mayor. Todos los recuerdos que tengo de él son manchas borrosas, nubes de polvo. Reconstruyo su presencia mirándome al espejo, mordiéndome, ahogándome en el golfo de México.

Isabel Coixet escribe un poema simplón sobre las relaciones humanas en *La vida secreta de las palabras*. Pienso en la vida de mi hermano en la plataforma. Dos semanas en tierra, dos semanas en el mar. Pescan atunes para matar el tiempo. Él y John, el negro salvadoreño que habla inglés criollo. La vida en la plataforma no es un castillo de fuegos artificiales.

Mi hermano ahora conduce un camión. En New Orleans, años después del Katrina, todavía hay suficiente mierda que retirar. Siento que es un desconocido cuando hablamos por teléfono. A veces manda fotografías y sólo se me ocurre guardarlas sin mirarlas, como si así pudiera protegerlas de mi indiferencia. No sé, no me siento bien haciendo eso, pero no sé hacerlo mejor.

[...]

Disfraces. Estoy más delgado que de costumbre. Un esqueleto contra la pared azul turquesa. El sueño me desenfoca los ojos. El alcohol me hace hablar con el resto de la mesa sin tener miedo. Llevo las botas limpias y no me siento una amenaza para nadie.

Allí hay alguien a quien conocí hace tiempo. Nos ignoramos cordialmente, fingiendo no habernos visto. Nos separa un metro, dos, treinta centímetros de indiferencia.

Podría entrar alguien y empezar a disparar contra todo el mundo en cualquier momento.

Las croquetas son masas blandas y —contra todo pronóstico— jugosas, con un agradable sabor de fondo a cebolla.

Me inquietan las personas que nunca se quitan las gafas de sol.

Me aburren las camisas de cuadros, los pantalones pitillo, las camisetas ampliamente escotadas y los flequillos. Los tatuajes *Old School*.

Una cerveza más, pero podemos beberla con tranquilidad.

[...]

Siento que estoy a punto de conseguirlo todo.

El centro de mi cuerpo es una luz oscura e inmóvil.

Ahora estamos separados por tres metros en línea recta pero sigue siendo el centro de mi cuerpo.

También hay un cristal de un centímetro de grosor adornado con vinilos adhesivos de color naranja. Algo así como motivos geométricos de cuatro ángulos levemente desiguales.

Y un humo ácido que me quema un poco por dentro.

Esos poliedros podrían ser el plano que conduce a la última sinagoga subterránea.

Si no tuviera fiebre no pensaría obsesivamente en el suicidio.

La carne muerta del poeta Pedro Casariego Córdoba ahí, entre los raíles, sobre el balastro, blanda y ennegrecida a lo largo de treinta infinitos metros.

Toda la casa huele a lejía. Todos los periódicos hablan de Andrea Fabra y Luis Bárcenas. Diputados aplaudiendo la extinción de una especie. Mi trabajo es una mierda pero tengo trabajo. No debo quejarme. No me quejo. Soy un profesional respetado y valorado por mis compañeros de profesión. Sonrío todo el tiempo. Complaciente y domesticado. Apenas tengo contacto con seres humanos. Sudo hasta empapar los pantalones. Los correos electrónicos son lodo en la bandeja de entrada del Outlook. Me duele el cuello. Cuelgo de una soga. Cuelgo de dos cinturones atados. Pornografía y ritos satánicos al llegar a casa. El espectro liberador. Todos los coños y una espada láser entre las piernas. Eyaculo cristales rotos contra un calcetín negro.

[...]

Follamos, nos atrapamos, nos contagiamos, enfermamos, nos escupimos, sonreímos, susurramos, nos abandonamos en ningún lugar porque somos dos desconocidos que se mienten todo el tiempo.

El periódico del día está en el bidet, con las primeras páginas mojadas por error. Un hombre mata a su mujer y después se ahorca. Las toallas húmedas en el colgador de acero inoxidable y la ropa sucia plegada en una bolsa de plástico.

Nos empujamos hasta caer, nos abrazamos, gemimos, respiramos. El virus quizás nos mancha la sangre pero ya no nos importa.

Mi coche está aparcado en el centro comercial contiguo. Imagino una explosión mientras la mujer me abraza. Me cuesta sentir su contacto pero no lo rechazo porque me parecería violento, innecesario. [...] Hermoso y atroz, el pecho lleno de insectos.

El vientre de la bailarina, sus medias blancas, su respiración profunda y oscura cuando se corre, sus palabras intentando alargar la oscuridad más allá de medianoche. Su piel increíblemente suave antes de desaparecer en lo profundo del río.

[...]

Ella tiene los ojos cerrados y yo acaricio su vientre, quemándola poco a poco, como el hierro candente sobre la piel de la ternera. Intento imaginarla en un *grand jeté* a través de la música de Bach que interpreta Angela Hewitt en la radio.

Me limpio con las sábanas mientras se viste. Es delicada, hermosa. Es una columna de humo y ceniza llenándome la garganta.

La vida azul es vida sin oxígeno, sin red de seguridad, sin arnés, sin condón. La vida en silencio, a trompicones, a la deriva, a oscuras, a tuestas desde lejos. La vida cayendo a cámara lenta bajo las ruedas del tren.

Me pregunto qué le estará prometiendo el animado clon de Joseph Beuys a la joven actriz del pañuelo rojo y los tacones imposibles.

Una celda de castigo en *technicolor*, por ejemplo. Una fiesta colombiana. Un corazón de oro.

No me gustan los actos sociales llenos de gente desconocida. No me gusta que haya gente a la que conozco por correo electrónico o teléfono, gente que necesita acercarse y sonreír y saludar, decir *Hola* y fingir dos besos completamente vacíos. Gente con los ojos brillantes que es *spam* en todos los sentidos.

Pienso en un hombre que se prende fuego porque su único futuro es un bidón de gasolina. Las imágenes —captadas con modernos teléfonos móviles— dan la vuelta al mundo. A nadie parece importarle[...]

Tomando la medicación puedo alargar la vida que me queda. Más o menos con calidad suficiente. Con autonomía. Con la cabeza clara. Tomando la medicación puedo morir siendo una persona normal. Sin levantar sospechas.

[...]

Comemos en casa de mi madre un domingo cada quince días. Mi mujer, los gemelos y yo. Tengo un buen trabajo y vivimos sin estrecheces. Ambos conducimos buenos coches. Vivimos en una casa unifamiliar en las afueras. La hipoteca es a veinte años y ya llevamos quince. Los niños son tranquilos, sacan buenas notas y se parecen a su madre, rubios y de ojos claros. Mi madre cocina bien y se encuentra mejor. La muerte de mi padre parece algo superado. Ya han pasado casi cinco años. Somos una familia feliz y sonreímos casi todo el tiempo.

No sé dónde se conocieron mi padre y Gottfried Ludwig, pero sí sé que se vuelven a encontrar en Reus, a finales de 1977. Daniel, su hijo menor, tiene seis años y nunca ha ido al colegio. Gottfried le enseña a leer y a escribir en castellano con sus libros preferidos: *Recuerdos del futuro*, de Erich von Däniken, y *El mensaje de los dioses*. Su madre lo busca por secuestro. A Gottfried no le interesan sus cinco hijos mayores. Sólo Daniel, flaco y transparente. Gottfried cruza toda Europa y se esconde en una ciudad pequeña, profundamente aburrida, conservadora. Los fugitivos reconocen a los fugitivos. Animales olisqueándose. Acabamos formando una familia extraña. *El triángulo de las Bermudas*, de Charles Berlitz.

Comemos varias veces por semana en casa de Gottfried Ludwig. Tortilla de espaguetis, plato único. Cazamos mariposas. A veces nos quedamos a dormir. Tiene una novia a quien llama Heroína, una chica morena con gafas redonditas. Viene de madrugada a nuestra habitación y nos mira desde la puerta. Finjo dormir mientras ella se tambalea y sonrío con los ojos casi cerrados.

Mi padre dice una verdad tras otra cuando se emborracha con litros de pisco, cuando me toma en brazos y corre por las calles que serpentean por el terremoto, asfalto caliente, casi líquido, mientras Chimbote desaparece en el mar.

[...]

Es la tarde del día de Navidad. Mi padre conduce lentamente por la Meridiana. Volvemos a casa. La próxima vez me llevaré todas esas fotos. Cabrían en la mochila. Me pregunto qué habrá en los dos cajones cerrados con llave. Quién tiene la llave. Quizás en el maletín.

De pronto pienso que todo es una trampa. Un gran decorado. Un juego. Finge que habla por teléfono. Finge un alemán fluido. Finge alegría en otra habitación. Yo estoy solo porque él *quiere* que esté solo. Quiere que encuentre un cajón abierto y para ello cierra dos de ellos con llave. Están vacíos y cerrados con llave. Quiere que encuentre los sobres. Que mire esas fotos. Que aprenda esos nombres. Que ame esas caras. Quiere verme aparentar normalidad cuando acabe de fingir esa conversación de veinte minutos. Espera algo de mí. Soy un cachorro envuelto en papel higiénico, algo a lo que querer siempre[...]

Todos tenemos trabajo, sueldo, techo, un plato de comida encima de la puta mesa. Vidas vagamente burguesas y blandas. Las horas ocupadas en un entorno que nos quiere. Compartimos con alegría la ensalada de arroz y los platos de plástico. Nos abrazaremos mucho al despedirnos. Somos aburridísima gente normal. Somos el ejército patético.

Las luces de la ciudad a oscuras desde la terraza. Un quinto piso en zona peatonal. Jardineras que son odas a la muerte. Sillas blandas y sucias. El mar al fondo. [...] Los maricas lloriquean de risa al tercer vaso mientras tunean fotos con no sé qué aplicación del iPhone. La guerra a la velocidad de la luz.

Toda la noche y todo el día y todas las horas y los minutos y los segundos del viaje de vuelta a casa con la cabeza perdida entre las piernas del fantasma de Anne Sexton, a propósito del libro que leo a ratos, *Vive o muere*, Premio Pulitzer de poesía en 1967.

Es una fosa común llena de palabras esqueléticas que aún se mueven.

Cierro los ojos e intento calmarme. Tengo vértigo y no me gusta la velocidad. Siempre pienso que voy a morir en un accidente de tren. Aplastado entre los hierros porque no soy el puto Bruce Willis.

Seguro que hay un millón de cosas que son realmente importantes y todas están ahí fuera.

Luciérnagas parpadeando en la oscuridad. Ninguna en la piel, ninguna en el espejo. Pequeños escarabajos dorados y fosforescentes que podrían estar marcándome el camino y que yo insisto en ignorar.

Recuerdo el ladrido de los perros y mi cansancio en la estación. El dolor constante de la enfermedad[...]

Meses extraños en los que despierto de madrugada y siempre hay un ruido ensordecedor en el cielo, canción de ángeles que anuncia el fin del mundo. Imagino la ciudad en ruinas, apenas iluminada por una bruma amarillenta que pudre las calles y los cráteres. Toda la carne sin enterrar. Cada animal hambriento. Cuerpos que duermen muy juntos, apretándose, protegiéndose del frío y la humedad en los sótanos abandonados de los pisos que forman el muro junto a la autopista. Cuerpos flacos y sucios de tobillos hinchados en el asiento de atrás de los coches bajo el puente, en los aparcamientos de portones reventados. Fantasmas de niños que caminan desorientados durante toda la noche, buscándose los unos a los otros, con los ojos arrancados y las bocas arrastrando un estertor. Imagino ese ruido como una espiral húmeda que nunca se cansa de volver, empapándolo todo, cada cuerpo, cada sueño, cada edificio vacío. [...]

Cualquier domingo equivale a una cámara frigorífica. Abro las persianas, desayuno cereales, me ducho, me permito una camiseta rota, un café con leche en el bar de la esquina hojeando el periódico. Es una sensación agradable y extraña, como de burbuja tranquilamente a la deriva. Un perro corre detrás de una pelota de tenis amarilla. Un hombre con muletas entra en su coche, un modelo adaptado. Un paquistaní tira la colilla después de la última calada. Una chica habla por teléfono en la puerta del cajero automático. Una familia. Una furgoneta. Magnolios jóvenes bordeando la plaza. [...]

El alcohol nos convierte en animales sinceros. Pequeños perros confiados. Terneras en el túnel. Nos deshacemos como el hielo mientras bostezamos pensamientos circulares.

Voces en la cabeza como un martillo mecánico rompiendo la pista de cemento. Chiquillos que miran impasibles la muerte de un hombre. Instrucciones para escapar. Un plan de fuga sin apenas posibilidades. Las voces se marchitan. Las flores se marchitan. Los cuerpos arden porque la grasa es un buen combustible. Las cenas de los viernes por la noche son una celda de castigo.

Pienso en pornografía.[...] Pienso en cualquier cosa que me saque de ahí. Otro *gin-tonic* más. Más helado en el postre. Me veo a mí mismo explicando una película. Está nevando debajo de mi piel mientras alguien huye y se estrella contra mi pecho desde dentro.

Mi hija y yo nos vemos poco. Tengo miedo de contagiarle mi enfermedad. Hablamos por Skype una vez por semana y cambiamos correos electrónicos varias veces al día. Su amor me resulta extraño porque ella insiste en no querer normas. Es un pequeño animal salvaje y tan defectuoso como yo.

Me gusta cómo baila, su cuerpo menudo. Su sonrisa. Me gusta que no se parezca a mí, que no se parezca a nadie. Me siento peligrosamente viejo a su lado. Me convierto en una nube de vapor si me mira. El tiempo se acaba, puedo notarlo en las entrañas.

Compramos grandes vasos de cerveza. Reímos. Ella me habla en chino y yo le respondo con torpeza. *Te quiero muchísimo*, me dice. *Yo también a ti, yo también a ti*. Nos abrazamos. Intento no distraerme de la medicación. Me asusta que no tenga miedo aunque sé que, en el fondo, es un buen síntoma. La enfermedad nace del miedo.

La llevo en brazos. Hoy me contaba que quiere tener la casa llena de niños cuando sea mayor. Que le gustan las tazas de Ikea. Que la besen por la calle. El vértigo de las cosas prohibidas[...]

Las nóminas de los trabajadores son una puta mierda. Sus últimos contratos, papel mojado. Camino entre cerdos perfumados y zorras ociosas y bronceadas. Alguien pide limosna de rodillas, con un mono de trabajo azul. Somos su querido público. Han abierto una tienda nueva y sólo venden *cupcakes*. El chico de la mesa de al lado afirma que sólo ha conocido orcos en el último año y medio. El vómito me empapa por dentro. Todavía puedo pagar una cerveza. Todavía puedo comer un Big Mac a las cuatro de la mañana. Todavía puedo coger un autobús hasta el matadero. Los cerdos confían plenamente en mis posibilidades. Somos insectos atrapados en un torbellino de luces azules y blancas, fascinados por las buenas palabras de Paulo Coelho.

El amor se llama cerda, se llama guarra, se llama cabrón, se llama hijodeputa. El amor se llama jadeo y dedos húmedos [...] El amor se llama saliva entre las tetas y quédate a dormir y fóllame otra vez y no me mientas nunca. El amor me late entre las piernas, me aprieta los dientes, me araña desde dentro. El amor es te amo, puta, con un nudo en la garganta.

El otoño es hermoso aquí, de todas maneras. Tu padre está tranquilo, duerme mucho, descansa. A veces pregunta por sus hijos. Confunde los nombres. No querría despertarlo, dice.

Escucho las palabras de Anne en silencio. Me gusta la luz tan amarilla en el exterior de la casa. Imagino las hadas escondiéndose entre la hierba del jardín. Los viñedos empiezan un poco más allá. Los cables de alta tensión cruzan el cielo hasta que se pierden en el horizonte. La electricidad nos habla en voz baja. La voz de Dios y las verdades absolutas, allí, en mitad de la nada, en mitad del laberinto[...]

Es el último día y desayunaré pan que tostaré directamente sobre el fuego de gas.

Sé que encontraré a un hombre con la cabeza gris que será incapaz de levantar la vista de su iPhone en los cuarenta minutos de metro, como si estuviera recibiendo instrucciones precisas del arcángel Gabriel.

Que preguntaré la hora a una chica cualquiera porque me habré dejado el reloj encima de la cama. Que la chica me contestará sin mirar el suyo, consciente de su dominio de las leyes del mundo, de cada engranaje, cada azar milimétrico, de cada movimiento aparentemente errático y perfectamente calculado apretando los dientes.

Que llegaré diez minutos tarde y pediré sin voz algo así como *un descafeinado con leche* y buscaré la mesa libre junto a los turistas que comen paella a las diez de la mañana[...]

Que en la televisión habrá un partido de béisbol, deporte que ya no estaré a tiempo de entender pero que fascina a Paul Auster, que lo considera algo así como una religión o una bola de cristal o un tarot con el que interpretar los signos.

Que la sola idea de fumar me dará frío y náuseas. Que pensaré en la fina lluvia que no se decide a caer y en la valentía de los ciclistas entre el tráfico.

Que mandaré un correo electrónico a Ojitos_de_boton, con las palabras muy medidas desde hace días acerca de lo difícil que es empezar de nuevo.

Que mandaré otro correo electrónico a Albania, violentamente en blanco.

Que no pasará absolutamente nada más hasta que necesite escupir y será entonces que iré al WC y estará ocupado por alguien que resopla y entonces entraré en el de chicas sólo para dejar caer los diez litros de saliva metálica, vaciándome el alma de motivos.

[...]

Un agujero, un matadero, una nariz reventada. Todas mis esperanzas pasan por sobrevivir a las próximas tres horas.

Las hormigas han tomado el piso y ya no queda insecticida.

Hay que matar a la reina, digo.

[...]

Steven Seagal es un insecto grande, capaz de todo, digo.

Si salgo a la calle me cruzaré con una mujer que camina descalza, que finge estar ciega y viste de rojo, como las novias chinas.

Estás preñada, digo.

Hablaré a treinta centímetros de ella. El tamaño de la polla de John Holmes separando su espalda y mi pecho, sus pulmones y mi corazón, su nuca y mis dientes.

El aire cargado de electricidad caliente en esos treinta centímetros.

No te des la vuelta, digo.

No te des la vuelta porque tengo las manos llenas de luz y tu vientre es el cofre más hermoso, digo.

Tampoco hables, digo.

No hables porque no tienes nada que decir, digo.

Sólo escucha, digo.

Sigues dentro de la jaula y ahora la semilla crece dentro de ti, digo.

No corres peligro, no te desgarrarán sus raíces, digo.

Sé que le tiemblan los labios porque es transparente y a través de ella puedo ver el latido enfermo del mundo, las luces agitándose en la calle, los coches en la niebla, los cuerpos mintiéndose, la tarde que se apaga y el bosque hasta la autopista, allí donde los cuerpos bajo la cuneta.

El olor de su pelo a jabón neutro y la piel fina sobre una herida en el pecho, suave como la seda, como el vientre de una polilla blanca recién nacida. Los huesos de la mujer son una frágil catedral del deseo donde el maquillaje sobre sus párpados y el miedo brillan como medusas excitadas.

Soy un ángel, digo.

Y llevo tanto tiempo esperándote[...]



Trabajamos para traerte más obras y te esperamos en
www.editorialfoc.me